

le brindó, fué varias veces á la pulquería á llenar el jarro; á las cinco se despidió, muy satisfecho de su diplomacia, y se fué á esperar al patrón para darle cuenta de su encargo. El General López llegó á eso de las seis, el cargador se le acercó quitándose el sombrero, y, cogiéndolo con las dos manos como si fuera una bandeja, le dijo:

—Aquí estoy, mi jefe.

El General lo llevó á su cuarto, y escuchó con grande interés los informes que esperaba; los cuales le dejaron muy satisfecho, pues puso cuatro duros en manos del cargador.

—Gracias, patrón, — contestó éste; — cuando algo se le ofrezca, me manda buscar á la esquina de la Merced, no más que pregunten por el viejo Antonio.

El General estaba radiante, su buen ojo no había fallado; sospechó que aquella guapa hembra era de historia y los hechos comprobaron su conjetura. Con su peculiar actividad lanzóse á la conquista de aquella hermosa, que á los quince días era propiedad del General López, quien la tomó á su cargo, por su cuenta y riesgo, y durante un tiempo indefinido.

## CAPÍTULO XIV

### Buena fortuna de Patillitas

Esta era una casita entresolada y mona, con sus dos ventanas enverjadas, con alegre fachada vuelta al Oriente, sus macetas en el patio, su cadena, picaporte y cam-

panilla en la puerta del zaguán, y situada en la calle del Carmen. En la cual casita pasaba las monótonas horas de su vida, desde que era prenda del General López, nuestra conocida Mercedes. Si creyéramos á pie puntillas en cierto refrán, el hombre á cuyo tierno yugo estaba sometida la tapatía debía ser excelentísimo, pues poseía las tres eses, siendo como era feo, fuerte y formal.

La pobre mujer contrajo aquellas relaciones, por los mismos motivos que la habían inducido á admitir otras. El General, después de haber tenido con ella varias entrevistas en que desplegó su acostumbrada diplomacia, propuso las bases del convenio, que no podían ser más sencillas.

El atendería á las necesidades de Mercedes, y ella había de serle complaciente y fiel.

—Señora, — le dijo, cuando hubo llegado el momento de hablar en plata, — ridícula fuera mi pretensión, si yo aspirara al amor de usted; peino los sesenta, y usted de fijo no llega á los treinta; soy tan feo como usted hermosa, mas no por eso dejo de ser sensible á sus encantos, y en cambio de los pequeños servicios que le ofrezco, no le pido más que su condescendencia, rogándole encarecidamente, que lo que tenga á bien concederme, lo haga mostrando buena voluntad, que yo procuraré ser lo menos molesto que se pueda.

Mercedes, después de los escrúpulos y resistencias de cajón, después de mostrarse indignada por aquellas insolentes proposiciones, acabó por aceptarlas, y por admitir aquel amante, que, casi casi, le parecía tan feo como el hambre y la necesidad.

Aprobado el proyecto en lo general, como se diría en lenguaje parlamentario, tratóse de fijar lo concreto y detallado de la nueva vida, pues placía mucho al General dejar todo como un pelo, para que nadie se llamase á engaño.

Dijo que era muy natural que le exigiera fidelidad, pero que, como trataba con una mujer leal, no le imponía trabas de ninguna especie, y la dejaría ir y venir, entrar y salir siempre que ella quisiera. Que él era hombre muy ocupado, que tenía repartido todo su tiempo, y que, tanto por eso, como por molestarla lo menos posible, se imponía el sacrificio de no gozar de su compañía más que un rato por la noche, y eso no todos los días; y para que ella no le esperase inútilmente, tuviera entendido, que si al dar las ocho no llegaba, ese día ya no había de ir.

Salvo lo repugnante de aquellas relaciones, consideradas en sí mismas, el arreglo no le pareció á Mercedes tan mal; á lo menos no estaba obligada á soportar largos ratos la compañía de aquel tipo.

Instalóse, pues, en la casa que hemos indicado, compró los muebles más indispensables y comenzó la nueva vida. Entretenía, como le era posible, las largas horas de sus días solitarios: unos ratos salía á vagar, otros á las iglesias, y otros se quedaba en casa, entretenida con alguna labor, ó leyendo una novela, ú oyendo la cándida conversación de una muchacha que tomó á su servicio; también cantaba de vez en cuando, acompañándose con la guitarra.

Por las tardes se divertía un poco más, ó, por mejor

decir, se fastidiaba menos. Solía pasarse las horas muertas asomada á la ventana, á ello la invitaba la favorable orientación de la casa, en cuya fachada no daba el sol de tarde. Distraíala el ir y venir de los transeuntes; gustábase fijar la vista en la acera de enfrente, vivamente iluminada por los rayos del sol; placíale oír las voces y ver las fachas de los mercaderes ambulantes; á veces daba pasto al ocioso vagar de su espíritu, forjando distracciones pueriles, tales como contar las gentes que entraban á la tienda de la esquina, las que pasaban fumando, ó los jinetes que, en una dirección ó en la opuesta, por la concurrida calle discurrían.

Menos llevaderas le parecían las horas cuando, como le sucedía á menudo, la asaltaban en confuso tropel recuerdos tristes, y se desataba en su alma la diabólica máquina de melancólicos y enmarañados pensamientos; cuando se acordaba de su alegre y juguetona infancia, de su sonrosada y soñadora adolescencia, interrumpida tan brutalmente, y seguida por azarosa y desordenada juventud.

Estas reflexiones tan naturales en su situación triste é incierta, pues se veía condenada irremisiblemente á pasar de unos brazos á otros, producían en ella extraños é iracundos arrebatos. En tales momentos no era raro que sintiese aversión hacia la memoria de sus padres, seres sin principios ni educación, que, cegados por su codicia de mercaderes, la expusieron á tantos peligros.

Más amargas eran aun sus reflexiones, cuando se comparaba con otras conocidas suyas y compañeras de sus días puros y felices. La mejor valdría, cuando mucho,

tanto como ella; y ¡qué distinta suerte les cupo! una de ellas, Anita, muchacha de su misma edad, se había casado con un hombre de muy buena posición, que le daba una vida excelente, y la había rodeado de consideraciones y comodidades. Otra, Pancha, bastante fea por cierto, cacariza y llorona de un ojo, se había casado también; es verdad que su marido era viejo, pero, en fin, Pancha no tenía otra salida, y ya casada, nunca pasó hambres ni desnudeces, y, sobre todo, Pancha no habría sufrido el envilecimiento de ser prenda alquilada de hombres que le fueran indiferentes, cuando no antipáticos y repugnantes.

El mal humor de Mercedes aumentaba á medida que la tarde iba cayendo, que el sol se ponía, que el breve crepúsculo tocaba á su término; porque se acercaba la hora, que más desagradable le parecía, entre las pesadas y lentas de sus monótonos y fastidiosos días. La hora en que vendría el señor á reclamar de su sierva el asqueroso vasallaje.

Es verdad que no tenía motivo de queja por lo tocante al trato del General, que siempre se presentaba correcto, que era muy amable con ella, y procuraba de mil modos divertirla y halagarla; pero ninguna de estas buenas apariencias suprimían la realidad, ni podían llenar el vacío del corazón de Mercedes.

Si aquel hombre la amara, su situación, ya que no agradable, no le parecería humillante. El amor sentido ó inspirado atenúa los sufrimientos todos de la mujer; pero aquel hombre, frío, egoísta, calculador y sensual, no podía amarla; no la consideraba sino como un objeto her-

moso, que hoy se toma y mañana se deja, sustituyéndole con otro más bello.

Mucho la humillaban las nimias, y, á veces, ridículas precauciones, que tomaba el General para que no se advirtiera que tenía relaciones con ella. Muchas veces veía Mercedes, desde la ventana, cuánto se recataba López para entrar, cómo se cercioraba antes de que nadie le seguía, de que no andaba por allí ningún conocido suyo. Exigía que la puerta de la calle estuviera entornada para no detenerse á llamar, que la criada se retirara para que no le viese; en una palabra, pensaba Mercedes, se comprende que el tal hombre se avergüenza de este enredo; y si López, que era corrido y despreocupado como pocos, se mortificaba por aquellos vínculos, ¡cuánto más no se avergonzaría Mercedes, que, á pesar de sus faltas y desgracias, sentía esa necesidad de estimación cuyos vestigios conservan hasta las mujeres más desvergonzadas!

En lo tocante al resultado pecuniario, tampoco podía quejarse Mercedes; el General le daba bastante, y como gozaba de prosperidad, hacía negocios de cuantía y realizaba utilidades pingües, la obsequiaba frecuentemente con donativos extraordinarios.

Hacía tres meses que llevaba Mercedes la vida que hemos dicho, y una de tantas tardes, estaba asomada á la ventana, inquieta y desazonada como pocas veces; ese día revoloteaba en su cabeza el ave negra de los pensamientos tristes. Pensaba en el horrible vacío de su vida, en la muerte de sus esperanzas, en lo seco y frío de su corazón; á nadie amaba, no era amada de nadie. Su vida era insoportable: en lo pasado recuerdos, ya dolorosos, ya

afrentosos; en lo porvenir, y, poniéndose en el mejor caso, una sucesión interminable de días monótonos, iguales, sin encanto alguno, y reducidos á la satisfacción maquinal de las necesidades físicas.

Recapacitando en sus desgracias pensó en las causas de ellas. Dos hombres hubo que pudieron hacerla dichosa: el uno porque ella le amaba mucho, el otro porque la amaba mucho á ella. ¡Mas ay! había perdido á los dos: el primero fué un infame, que le pagó con la mayor deslealtad; el segundo lo perdió porque se lo quitó su mala suerte, el destino, la Providencia, qué sé yo.

Trataba de combatir tan importunas ideas fijándose en los más leves incidentes que acaecían en la calle, ó en las personas y cosas que en ella había: en los indios que pasaban cargados de diversas mercancías; en los grandes y toscos carros, que rodaban pesada y desigualmente, conmoviendo suelo y paredes; en los enharinados panaderos de una panadería próxima, que entraban ó salían; en la faz venerable de un anciano de barbas blancas, que despachaba en un tendajón que había enfrente; en los vendedores de billetes de lotería, que cojos unos, ciegos ó mancos otros, estimulaban de mil maneras á los compradores, voceando el último huerfanito de los diez mil pesos.

De repente vió una cosa que le pareció un sueño: sintió que le zumbaban los oídos, que la sangre se le helaba, que las piernas se le dormían, que corrían hormiguitas por su cuerpo, y que su corazón latía con violencia. Había pasado por delante de la ventana, clavando en Mercedes una mirada tenaz, un joven con un libro debajo del brazo y que en el cuerpo, en el modo de andar, en la cara, y

casi hasta en el traje, se parecía de un modo extraordinario á Luis, el objeto del primero y desgraciado amor de la pobre mujer.

Repuesta de su momentáneo estupor, clavó la vista en el joven, cuando éste, habiendo pasado más allá de la ventana, volvía la espalda. La ilusión se había desvanecido, por detrás el transeunte no se parecía á Luis; éste era más alto, más gallardo, más garboso; tenía en sus movimientos una donosura llena de naturalidad, mientras que en el desconocido se notaba á leguas el estudio, la afectación y el amaneramiento; además de esto, el desconocido era más atildado que Luis en su modo de vestir.

Distrajo los pensamientos de Mercedes asordador estrépito de alteradas y descompuestas voces, que oyó en dirección de su mano izquierda: volvió con rapidez la cabeza, y vió que de una pulquería inmediata habían salido dos mujeres de mal ceñidas sayas, mugrientos rebozos, desgrednadas cabelleras, que hechas unos energúmenos por la embriaguez y la cólera adunadas, lanzaban por las inmundas bocas sapos y culebras.

Formóse pronto en la calle apretado corro de hombres, mujeres y muchachos, que, con burlonas carcajadas, agudos silbidos y picantes motes, se burlaban de aquellas fieras ó las incitaban á la pelea. Una de ellas levantó la mano derecha, armada de un grueso canto, que tiró con fiera rabia sobre su enemiga; ésta agachó la cabeza, saltó como una tigre sobre su agresora y le dió en el seno una mordida feroz, que hizo lanzar á la víctima aullidos, imprecaciones y palabras horriblemente soeces.

En este punto llegaron corriendo dos gendarmes, que,

garrote en mano, dispersaron el corrillo y trataron de separar á aquellas infernales furias. No fué cosa fácil, mas al fin se logró; cada gendarme se apoderó de una de las asquerosas Amazonas, que no por eso dejaban de vociferar y de lanzarse atroces injurias.

Unas veces empujándolas, tirándolas de la mano otras, no pocas arrastrándolas por el suelo, y descargándoles, de vez en cuando, en la espalda el fiero garrote, iban los gendarmes con ellas camino de la Comisaría, seguidos de una larga turba de curiosos y de no pocos chicos, que correteaban dando saltos y desgarraban los tímpanos con insoportables chiflidos.

Apenas se había disipado aquel tumulto, cuando, volviendo Mercedes la cabeza hacia el lado derecho, vió, con no poca sorpresa, que regresaba el joven de antes, con el libro debajo del brazo y queriendo comérsela con las codiciosas miradas.

Mercedes sintió como un choque eléctrico, que trató de disimular, volviendo la cara al lado opuesto; la semejanza entre el desconocido y Luis había renacido, y ahora sí acertaba Mercedes á definirla, consistía en la mirada; también se parecían en la barba, aunque no mucho, porque la de Luis era más negra, más poblada, más hermosa en fin.

Esta vez el mozo no siguió su camino hasta perderse de vista, sino que se plantó á cierta distancia de la ventana, dirigiendo á ella continuas y escudriñadoras miradas.

Mercedes, un tanto molesta, aparentaba no verle y hasta volvía la cara en opuesta dirección; pero observaba con

mucho disimulo las señas de aquel muchacho, tomando nota exacta de sus actitudes, movimientos y ademanes.

Cosa de ocho minutos pasaron así. De pronto el joven echó á andar, para volver á pasar por delante de la ventana, caminando con lentitud y clavando en Mercedes miradas tenaces. Pasó y volvió á detenerse como unos diez pasos más allá, y volvió á retroceder para pasar de nuevo; en esta vez se leía de tal modo en su cara la intención de acometer y hablar á Mercedes, que ésta juzgó prudente entrarse y cerrar los vidrios, dejando al paseante con un palmo de narices.

Recostóse perezosamente en el sofá, y los pensamientos se alzaron en su alma en tupido enjambre. ¡Qué rara semejanza! Aquel joven se le inclinaba, no cabía duda; pero con qué tenacidad, con qué impertinencia. ¡Lucida había quedado, iba á tener que estarse encerrada, y privada hasta de ver pasar la gente, todo por la necesidad de aquel importuno! Cuando hubo transecurrido un cuarto de hora se acercó á la ventana, alzó con precaución los visos de las vidrieras, y lo primero que vió fué al desconocido, que se había plantado en la orilla de la banqueta y que acechaba tenazmente la ventana de Mercedes.

«No hay duda, estoy sitiada,» pensó ésta, retirándose de la ventana y recostándose de nuevo en el sofá. Aquella situación le parecía muy rara, ciertamente la contrariaba, pero tenía para ella gran novedad, y sin querer, trasladaba su pensamiento á los días, ya lejanos, en que su primer amante comenzó á cortejarla.

Lo recordaba muy bien, parecía que en ese momento